

por una frase que se repetía muco: «Un joven h del colegio de Sens y que no tiene sentido».

Hasta le representaban como un pobre diablo de provincias, un oscuro badulaque que trataba de rozarse con los grandes señores.

En cuanto al vizconde, le reservaban el papel simpático, primero en la casa donde él se introdujo por fuerza, después en la apuesta, puesto que se llevaba á la doncella, y finalmente sobre el terreno donde se conducía como caballero. No se negaba la bravura de Federico precisamente, pero se daba á entender que un intermediario, el mismo *protector*, se había presentado exactamente en el momento oportuno. Todo terminaba por una frase, llena tal vez de perfidias:

—¿De dónde viene su ternura? ¡Problema! y como dice Bazile ¿quién diablo es aquí el engañado?

Era aquella, sin género de duda, una venganza de Hussonet contra Federico, por haberle rehusado las cinco mil pesetas.

¿Qué hacer? Si le pedía satisfacción, protestaría el bohemio de su inocencia y no ganaría nada con ello. Lo mejor era tragar la cosa silenciosamente. Nadie, después de todo, leía el *Bota-fuego*.

Al salir del gabinete de lectura, vió gente delante de la tienda de un comerciante de cua-

dros. Estaban mirando un retrato de mujer, con esta línea debajo en letras negras: señorita Rose-Annette Bron, perteneciente á D. Federico Moreau, de Nogent.

Era ella con efecto, poco más ó menos, vista de frente, con el seno descubierto, suelto el pelo, y con una bolsa de terciopelo encarnado en las manos, mientras que por detrás un pavo real adelantaba su pico hacia el hombro, tapando la pared con sus grandes plumas en forma de abanico.

Pellerin dispuso la exhibición para obligar á Federico al pago, persuadido de que era célebre y que todo París, animándose en su favor, iba á ocuparse de aquella miseria.

¿Sería una conjuración? El pintor y el periodista ¿habrían caminado de acuerdo?

Su duelo de nada había servido. Se convertía en ridículo y todo el mundo se burlaba de él.

Tres días después, á fines de Junio, las acciones del Norte subieron 15 pesetas, y como él había comprado dos mil el mes anterior, resultaba ganando treinta mil pesetas. Aquella caricia de la fortuna le infundió nueva confianza. Díjose que no tenía necesidad de nadie, que todas sus contrariedades procedían de su timidez, de sus vacilaciones. Hubiera debido empezar por la Mariscalá brutalmente, rechazar á Hussonnet

desde el primer día, no comprometerse con Pellerin; y para demostrar que nada le molestaba, fué á casa de la señora de Dambreuse, á una de sus reuniones ordinarias.

En medio de la antesala, Martinon, que llegaba al mismo tiempo que él, se volvió preguntándole:

—¿Cómo vienes tú aquí? con aire sorprendido y aun contrariado de verle.

—¿Por qué nó?

Y á la vez que procuraba explicarse semejante acogida, Federico se adelantó hacia el salón.

La luz era débil, á pesar de las lámparas colocadas en los rincones, porque las tres ventanas grandes abiertas, formaban tres anchos paralelos de sombra negra. Algunas jardineras, debajo de los cuadros, ocupaban hasta la altura de un hombre los huecos de las paredes, y una tetera de plata con su gran recipiente para el agua hirviendo se divisaba al fondo brillante como un espejo. Oíase el murmullo de voces discretas y el ruido de los escaarpines al crujir sobre la alfombra.

Vió primero fracs negros; después una mesa redonda alumbrada por una gran bomba siete ú ocho mujeres en traje de verano, y algo más allá á la señora de Dambreuse en una butaca mecedora. Su traje de tafetán lila tenía

las mangas adornadas abiertas con bullones de muselina, armonizándose el tono suave de la tela con el color de sus cabellos. Hallábase algo recostada hacia atrás, y apoyada la punta del pié en un cojin; tranquila como obra de arte llena de delicadeza, como flor cultivada con esmero.

El Sr. Dambreuse y un anciano de pelo blanco se paseaban á todo lo largo del salón. Algunos hablaban sentados en los divanes, acá y allá; otros, de pié, formaban círculo en el centro.

Se ocupaban de votos, de mejoras, de multas y correcciones, del discurso de Grandin, de la réplica de Benois. El tercer partido iba decididamente demasiado lejos. El centro izquierda hubiera debido acordarse algo más de su origen. El ministerio recibía graves golpes. Podía, sin embargo, tranquilizar, la circunstancia de que no se le veía sucesor. En resumen, que la situación era completamente análoga á la de 1834.

Como aquellas cosas fastidiaban á Federico, se aproximó á las mujeres. Hallábase Martinon entre ellas, de pié con el sombrero debajo del brazo, la cara casi de frente, y tan correcta, que parecía porcelana de Sévres. Tomó una *Revista de Ambos Mundos* que se veía encima de la mesa, entre una *Imitación* de Kempis y un *armario de Gotha*, y juzgó en alta voz un poeta ilustre; dijo que concurría á las conferencias de San Francisco; se quejó de su laringe y tragaba de cuando en cuando

do una pastilla de goma. Sin embargo, hablaba de música y la echaba de listo. La señorita Cecilia, la sobrina del Sr. Dambreuse, que bordaba un par de puños, le miraba con sus pupilas de azul pálido, y miss John, la institutriz de narices romas, había suspendido su labor; ambas parecían que interiormente exclamaban:

—¡Qué hermoso es!

La señora de Dambreuse se volvió hacia él y le dijo:

—Déme usted mi abanico, que está sobre aquella consola, allá abajo. Se equivoca usted, es el otro.

Levantóse ella, y como él volvía, se encontraron en medio del salón, frente á frente. Dirigióle ella algunas palabras con cierta viveza, reproches, indudablemente, á juzgar por la expresión altanera de su fisonomía; Martinon intentó sonreír, y fué luego á mezclarse en el conciliábulo de los hombres serios. La señora de Dambreuse ocupó de nuevo su sitio, y dijo á Federico, inclinándose sobre el brazo de su butaca:

—He visto anteayer á alguien que me habló de usted; el Sr. de Cisy; le conoce usted ¿no es verdad?

—Sí... un poco.

De repente, la señora de Dambreuse exclamó:

—¡Duquesa! ¡ah, qué dicha!

Y se adelantó hacia la puerta al encuentro de una señora viejecita, que llevaba un traje de tafetán carmelita y una gorra de *guipure* de bridas largas. Hija de un compañero de destierro del conde de Artois y viuda de un mariscal del Imperio nombrado par de Francia en 1830, se hallaba tan unida á la antigua corte como á la nueva, y podía obtener muchas cosas. Los que hablaban de pié le dejaron paso, y siguieron luego su discusión.

Ahora rodaba sobre el pauperismo, cuyas pinturas todas, según aquellos señores, eran muy exajeradas.

—Sin embargo—objetó Martinon—confesemos que la miseria existe. Pero el remedio no depende de la ciencia ni del poder. Es esta una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas quieran desembarazarse de sus vicios, se librarán de sus necesidades. Que el pueblo sea más moral y será menos pobre.

Según el Sr. Dambreuse, á nada bueno se llegaría sin una superabundancia del capital. Luego el único medio posible era el de confiar «como por su parte querían los *san-simonianos* (Dios mío algo bueno tenían, seamos justos con todo el mundo), de confiar, digo, la causa del progreso á los que pueden acrecentar la fortuna pública.» Insensiblemente se vino á tratar de las grandes explotaciones industriales, los ferro-

carriles, la hulla. Y el Sr. Dambreuse, dirigiéndose á Federico, le dijo por lo bajo:

—No ha venido usted para nuestro asunto.

Federico alegó una indisposición; pero comprendiendo que la excusa resultaba demasiado tonta, añadió:

—He necesitado, además, mis fondos.

—¿Para comprar un carruaje?—preguntó la señora de Dambreuse, que pasaba por allí, con una taza de té en la mano, y mirándole durante un minuto con la cabeza algo inclinada hacia atrás.

Crefale ella amante de Rosanette; la alusión estaba clara. Y hasta le pareció á Federico que todas las señoras le miraban también desde lejos, cuchicheando. Para enterarse mejor de lo que pensaban, se les aproximó una vez más.

Al otro lado de la mesa, Martinon, cerca de la señorita Cecilia, hojeaba un album de litografías que representaban costumbres españolas. Iba leyendo en alta voz los epígrafes: «Mujer de Sevilla», «Jardinera de Valencia», «Picador andaluz»; y llegando una vez hasta lo último de una página, continuó sin interrupción:

—Jacobó Arnoux, editor.—Uno de tus amigos ¿eh?

—Cierto—dijo Federico, herido por el tono. La señora de Dambreuse, añadió:

—Con efecto, una mañana vino usted... para

una casa, creo; sí una casa que pertenecía á su mujer. (Aquello significaba: la amante de usted.)

Ruborizóse él por completo; y el Sr. Dambreuse, que en aquel momento se acercaba, agregó:

—Y hasta parecía usted interesarse mucho por ellos.

Las últimas palabras acabaron por desconcertar á Federico. Su turbación, que él pensaba veía todo el mundo, iba á confirmar las sospechas, cuando el Sr. Dambreuse le dijo más cerca y en tono grave:

—Supongo que no harán ustedes negocios juntos.

Protestó Federico por movimientos multiplicados de cabeza, sin comprender la intención del capitalista, que quería darle un consejo.

Tenía ganas de marcharse. El temor de parecer cobarde le retuvo. Un criado recogía las tazas de té; la señora de Dambreuse hablaba con un diplomático de frac azul; dos jóvenes, uniendo sus frentes, se miraban las sortijas; las demás, sentadas en semicírculo en sus butacas, movían suavemente sus blancos rostros, adornados de cabelleras negras ó rubias; nadie, en fin, se ocupaba de él. Federico dió media vuelta, y por una série de zig-zás, casi logró alcanzar la puerta, cuando al pasar por cerca de una consola, vió encima, entre un vaso de china y la ma-

dera un periódico doblado. Tiró un poco de él y leyó: *El Bota-fuego*.

¿Quién lo habría llevado? Cisy. Nadie más seguramente. Pero después de todo ¿qué importaba? Iban á creer, ya creían todos quizá en el artículo. ¿Por qué aquel encarnizamiento? Una ironía muda le dominaba. Sentíase perdido como en un desierto. Pero la voz de Martinon se elevó, y dijo:

—A propósito de Arnoux, he leído entre los sospechosos de las bombas incendiarias, el nombre de uno de sus empleados, Sénécal. ¿Es el nuestro?

—El mismo—contestó Federico.

Martinon repetía, gritando mucho.

—¡Cómo, nuestro Sénécal! ¡nuestro Sénécal!

Entonces le preguntaron acerca del complot; su plaza de agregado al tribunal debía proporcionarle detalles.

Confesó él que no los tenía? Además él conocía muy poco al personaje, pues solo le había visto dos ó tres veces, y en resúmen, le tenía por un pícaro. Federico, indignado, exclamó:

—No por cierto, es un muchacho muy honrado.

—Sin embargo, caballero—dijo un propietario—una persona que conspira no es honrada.

La mayoría de los hombres que estaban allí habían servido, por lo menos, á cuatro gobier-

nos, y hubieran vendido á Francia ó al género humano para garantizar su fortuna, evitarse un contratiempo, una dificultad, ó por simple baja-za únicamente, adoración instintiva de la fuerza. Todos declararon los crímenes políticos inexcusables. Más bien era preciso perdonar los que provenían de la necesidad. Y no faltó poner el eterno ejemplo del padre de familia, robando el eterno pedazo de pan en casa del eterno panadero.

Un empleado hasta añadió:

—Yo, caballero, si supiera que mi hermano conspiraba, le denunciaría.

Federico invocó el derecho de resistencia, y recordando algunas frases que le había dicho Deslauriers, citó á Desolmes, Blackstone, el bill de los derechos en Inglaterra y el artículo 2 de la Constitución del 91. Y en virtud de este derecho precisamente se había proclamado la caída de Napoleón; se le había reconocido en 1830 y escrito á la cabeza de la Carta.

—Además, cuando el soberano falta al contrato, la justicia exige que se le derribe.

—Pero eso es abominable,—exclamó la mujer de un gobernador.

Todas las demás se callaban, vagamente espantadas, como si hubiesen oído el ruido de las balas. La señora de Dambreuse se balanceaba en su butaca y le escuchaba sonriendo.

Un industrial, antiguo carbonario, procuró demostrarle que los Orleans eran una excelente familia; indudablemente existían abusos...

—¿Y bien, entonces?

—Pero no deben decirse, señor mío. Si usted supiera cómo todos esos gritos de la opinión perjudican los negocios!

—¡Yo me río de los negocios!—replicó Federico.

La podredumbre de aquellos viejos le exasperaba, y arrastrado por la valentía que se ampara algunas veces de los más tímidos, atacó á los financieros, á los diputados, al Gobierno, al Rey, tomó la defensa de los Arabes y dijo muchas tonterías. Algunos le animaban irónicamente: «Siga usted, continúe», mientras que otros murmuraban: «¡Demonio, qué exaltación!» Por fin juzgó conveniente retirarse, y al marcharse, el Sr. Dambreuse le manifestó, aludiendo á la plaza de secretario:

—Nada hay aún decidido. Pero despáchese usted.

Y la señora de Dambreuse:

—Hasta muy pronto, ¿verdad?

Federico juzgó la despedida de ambos como una última burla. Hallábase resuelto á no volver por aquella casa, á no mantener relaciones con todas aquellas gentes. Creía haberles herido, ignorando qué grande fondo de indife-

rencia posee el mundo. Aquellas mujeres sobre todo, le indignaban. Ni una siquiera le había sostenido ni aun con su mirada. Las detestaba por no haberlas conmovido. En cuanto á la señora de Dambreuse, encontraba él en ella algo á la vez de lánguido y seco que impedía el definirla con una fórmula. ¿Tenía un amante? ¿Qué amante? ¿Era el diplomático ú otro? ¿Quizá Martinon? ¡Imposible! Sin embargo, sentía contra él una especie de envidia, y hacia ella una malevolencia inexplicable.

Dussardier fué aquella noche, como de costumbre, y lo aguardaba. Federico tenía hinchado el corazón, lo desahogó, y sus lamentos, aunque vagos y difíciles de comprender, entretenían al excelente muchacho; llegó hasta quejarse de su aislamiento. Dussardier, con alguna vacilación, propuso ir á casa de Deslauriers.

Federico experimentó al solo nombre del abogado una extremada necesidad de volver á verle. Su soledad intelectual era profunda y la campaña de Dussardier insuficiente. Contestó que arreglara las cosas como quisiera.

Deslauriers sentía igualmente, desde su ruptura, una privación de su vida. Así que cedió sin trabajo á las demostraciones cordiales.

Ambos se abrazaron y se pusieron después á hablar de asuntos indiferentes.

La reserva de Deslauriers enterneció á Fe-

deico, y para darle una especie de reparación, le contó al día siguiente la pérdida de sus quince mil pesetas, sin decir que aquellas quince mil pesetas le estaban destinadas primitivamente. El abogado no lo dudó, sin embargo. Aquella desdichada aventura que le daba la razón en sus prevenciones contra Arnoux, desarmó por completo su rencor, y no habló de la antigua promesa.

Federico, engañado por su silencio, creyó que la había olvidado. Algunos días después, le preguntó si no existían medios de recuperar sus fondos.

Podían discutirse las precedentes hipotecas, atacar á Arnoux como estelionatario, perseguir el domicilio en perjuicio de la mujer.

—No, no, contra ella no;—exclamó Federico, y cediendo á las preguntas del antiguo pasante, confesó la verdad. Deslauriers quedó convencido de que no la decía completamente, sin duda por delicadeza. Aquella falta de confianza le hirió.

Estaban tan unidos, sin embargo, como en otro tiempo, y hasta sentían tanto placer cuando se encontraban juntos, que la presencia de Dussardier les molestaba. Con pretexto de citas, llegaron poco á poco á desembarazarse de él. Hay hombres que solo tienen por misión entre los demás la de servir de intermediarios; se pasa

por ellos como sobre puentes y se vá más lejos.

Federico no ocultaba nada á su antiguo amigo. Le contó el negocio de las hullas, con la proposición del Sr. Dambreuse. El abogado se puso pensativo.

—¡Es singular! Se necesitaría para esa plaza alguno bastante fuerte en derecho.

—Pero tú podrías ayudarme—dijo Federico.

—Sí... calla... pardiez; ciertamente.

En la misma semana le enseñó una carta de su madre.

La señora de Moreau se acusaba de haber juzgado mal al Sr. Roque, que había dado de su conducta satisfactorias explicaciones. Después hablaba de su fortuna, y de la posibilidad, para más adelante, de un matrimonio con Luisa.

—Eso no sería quizás malo—dijo Deslauriers.

Federico lo aplazó para lejos; el tío Roque, además, era un viejo ratero. Eso no importaba nada, según el abogado.

A fines de Julio, experimentaron una baja inexplicable las acciones del Norte. Federico no había vendido las suyas, y perdió de un solo golpe sesenta mil pesetas. Sus ingresos disminuyeron sensiblemente. Debía, ó limitar sus gastos, ó escojer una profesión, ó hacer un buen casamiento.

Entonces Deslauriers le habló de la señorita Roque. Nada le impedía ir á ver un poco las cosas por sí mismo. Federico se hallaba algo fatigado; la provincia y la casa materna le confortarían. Partió.

El aspecto de las calles de Nogent, que atravesó á la luz de la luna, le llevó á recuerdos antiguos, y experimentaba una especie de angustia, como los que vuelven de largos viajes.

Se encontraban en casa de su madre sus conocidos de otro tiempo: los señores Gambán, Heudras y Chambrión, la familia Lebrun, aquellas señoritas Auger; además, el señor Roque y enfrente de la señora de Moreau, en una mesa de juego, la señorita Luisa, que ya era una mujer, y que se levantó lanzando un grito. Todos se agitaron. Ella permaneció inmóvil, de pié, y los cuatro candeleros de plata que estaban sobre la mesa aumentaban su palidez. Cuando volvió á ponerse á jugar, temblaba su mano. Aquella emoción lisonjeó desmesuradamente á Federico, cuyo orgullo estaba enfermo, y se dijo: «Tú me amas» y tomando su revancha por los sinsabores que había soportado allá, se puso á hacer el parisien, el *leon*, dió noticias de los teatros, contó anécdotas de la sociedad, tomadas de los periodiquillos, y deslumbró, finalmente, á sus compatriotas.

Al día siguiente, la señora de Moreau se ex-

tendió respecto de las cualidades de Luisa; después enumeró los bosques, las fincas que poseería. La fortuna del Sr. Roque, era considerable.

La había adquirido colocando fondos para el Sr. Dambreuse; porque prestaba á personas que ofreciesen buenas garantías hipotecarias, cosa que le consentía pedir suplementos ó comisiones. El capital, gracias á una activa vigilancia, nada arriesgaba. Por otra parte, el tío Roque no vacilaba jamás ante una ejecución; luego volvía á comprar á bajo precio los bienes hipotecados, y el Sr. Dambreuse, que veía la devolución de sus fondos, hallaba sus negocios bien manejados.

Pero aquella manifestación extra-legal lo ligaba á su administrador, y no podía rehusarle cosa alguna. A sus instancias se debía la buena acogida que dispensó á Federico.

Con efecto, el tío Roque ocultaba en el fondo de su alma una ambición. Quería que su hija fuera condesa; y para llegar hasta allí, sin comprometer la felicidad de Luisa, no conocía más hombre que aquel.

Por la protección del Sr. Dambreuse, le reintegrarían en el título de su abuelo, porque la señora de Moreau era hija de un conde de Fouvens, emparentada, además, con las más antiguas familias de la Champaña, los Lavernade, los d'Etrigny. Respecto de los Moreau, una inscrip-

ción gótica que se veía cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque, hablaba de un Jacobo Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo, Pedro Moreau, primer escudero del Rey Luis XIV, se hallaba en la capilla de San Nicolás.

Tanta nobleza fascinaba al Sr. Roque, hijo de un antiguo sirviente. Si la corona condal no venía, se consolaría con otra cosa; porque Federico podría llegar á la diputación cuando el señor Dambreuse fuese nombrado Par, y entonces ayudarle en sus negocios, obtenerle suministros, concesiones. El joven le agradaba, personalmente. En fin, que lo quería por yerno, porque desde hacía mucho tiempo, se había picado en aquella idea, que se agrandaba cada vez más.

Al presente visitaba la iglesia, y había seducido á la señora de Moreau ante la esperanza del título principalmente. Habíase guardado ella, sin embargo, de darle una respuesta decisiva.

En resumen, que ocho días después, sin que compromiso alguno se hubiera formado, Federico pasaba por ser el «futuro» de la señorita Luisa; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba juntos en ocasiones.



V

DESLAURIERS se había llevado de casa Federico la copia del acta de subrogación, con un poer en forma que le confería su representación plena; pero cuando subió sus cinco pisos y estuvo solo, en su triste gabinete, en su sillón de badana, la vista del papel sellado le descorazonó.

Estaba harto de aquellas cosas y de los *restaurants* de una peseta sesenta céntimos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Cogió de nuevo los papeles; algunos otros andaban por allí; y eran los prospectos de la compañía hullera con la lista de las mi-